Ciencia y Religión

La Ciencia y la Religión tienen por objeto relacionar lo conocido con lo desconocido por medio de hipótesis: las que formula la primera son hipótesis científicas o teorías; son hipótesis o dogmas las que formula la segunda.

Pero así como la Ciencia rechaza sin reparo sus propias teorías en cuanto llegan a presentarse en contradicción con ciertos hechos reales demostrados por el cálculo o verificados por la observación, la Religión, por el contrario, echa mano del concepto del milagro para substituir por hechos imaginarios aquellos hechos reales que puedan hallarse en desacuerdo con sus hipótesis o dogmas.

La Ciencia, en pos de la verdad, no deja nunca sus hipótesis a la crítica, con objeto de rechazar las teorías erróneas o de modificar las imperfectas.

La Religión, pretendiendo poseer la verdad, se opone, por la fuerza, cuando tiene medios para ello, a cualquier investigación de sus hipótesis que pueda culminar en la crítica del dogma.

Algunos hombres, sea por atavismo, sea por el efecto de su educación o de la influencia que sobre ellos ha ejercido el ambiente, han sido profundamente religiosos a la vez que poseedores de varias capacidades científicas, y han procurado generalmente aplicar a sus trabajos los dos métodos. ¡Pero, cuán distintos han sido los resultados obtenidos por uno u otro!

Tycho-Brahe, científico, confirma los descubrimientos de Copérnico referentes a los movimientos del Sol. Pero Tycho-Brahe, religioso, hace una excepción en favor de la Tierra: para no contradecir la fábula de Tomé, supone que el Sol, con toda su corte planetaria, gira alrededor de nuestro pequeño globo.

Kepler, científico, descubre las leyes que rigen el movimiento de los planetas alrededor del astro central. Pero Kepler, religioso, supone que esos cuerpos celestes se hallan mantenidos en sus órbitas por ángeles delegados por el creador.

Newton, científico, formula la ley maravillosa de la gravitación universal de los cuerpos en razón directa de sus masas e inversa del cuadrado de sus distancias. Newton, religioso, trata de establecer una analogía entre sus admirables descubrimientos y las locuras descomunales del libro apocalíptico.

Pasteur, científico, desarrolla la teoría de la fermentación, y desde su laboratorio emprende una lucha titánica contra los microbios más mortíferos. Pasteur, religioso, después de entonar un himno de alabanzas al creador de dichos microbios, que tan cruelmente martiriza a millones de seres humanos, se esfuerza en señalarle límites al progreso científico: no se contenta con negar la posibilidad de la generación espontánea, sino que afirma que jamás llegará el hombre a producir por procedimiento sintético aquellos cuerpos orgánicos, como la sacarosa, capaces de polarizar la luz. Y este científico, a su vez, se halla luego el insigne Marcelino Berthelot!...

Comte, científico, crea la filosofía positiva y propone una magistral clasificación de las ciencias. Comte, religioso, gran sacerdote, en su «Religion de la Humanidad», quiere también poner diques al progreso, y profetiza que jamás llegará el hombre a conocer la composición química de las estrellas. ¡Y hoy el análisis espectral nos ha dado a conocer dicha composición!...

¿Para qué continuar esta enumeración? ¿Para qué comparar los trabajos notabilísimos del físico Oliver Lodge y del naturalista Russell Wallace, científicos, con las teorías espiritistas del primero, que llega a pretender que la materia no existe —mientras se pasó la vida explicando las propiedades materiales de los cuerpos en su cátedra de Birmingham— y con las doctrinas religiosas del segundo que han transformado al antiguo colaborador de Darwin en campeón moderno de la insensata teoría antropocéntrica del Universo?

La enumeración resultaría interminable.

Lo que importa es comparar, en estos casos, la obra del científico con la del religioso, encararse con los fanáticos que tan ufanos se muestran de la existencia en sus filas de verdaderos hombres de ciencia, y deciriles terminantemente:

La obra religiosa de esos hombres os la cedemos por completo. Quedaos con la doctrina antropocéntrica de Russell Wallace, con las combinaciones apocalípticas de Newton, con las teorías angélicas de Kepler.

Nosotros nos contentamos con la parte que nos pueda corresponder de su obra científica, la cual nos pertenece a todos por igual: a los de la generación presente como a los de las generaciones futuras, porque dicha obra es labor de una cadena que han contribuído a fraguar, cada cual en la medida de sus fuerzas, los hombres de las distintas épocas en las distintas nacionalidades; no es la propiedad de un país ni de un partido, sino que forma parte del patrimonio de la Familia Universal.

F. TARRIDA DEL MARMOL

¿TAMBIEN GHIRALDO?

No hay derecho...

Algo nos ha sorprendido ver en *El Parlamentario* el retrato del poeta de las rebeldías, de «Madre Anarquía»... pero la sorpresa se ha convertido en mal efecto cuando hemos visto que este intelectual argentino contesta de un modo ambiguo a la encuesta que dicho periódico dirige a los *consagrados*... Nosotros, que somos iconoclastas y que sabemos cuanto ciega a los hombres la vanidad, no podemos pasar en silencio que quien tanto ha luchado por las ideas libertarias y por las reivindicaciones proletarias, adopte una actitud equívoca... O somos o no somos, y como siendo anarquistas, y más que internacionalistas, humanos, no podemos, sin vulnerar nuestros principios filosóficos, declararnos parciales en esta lucha imbécil de los pueblos, acorralados por las ambiciones del capitalismo mundial, de aquí que no hay razones positivas, irrefutables, evidentes para declararnos francófilos o germanófilos. La simpatía por uno u otro bando no puede ser más que hija de la pasión y no de cerebros bien equilibrados, que meditan y estudian sobre las causas del dolor humano. Los espíritus libres de prejuicios, las mentes serenas, los que saben elevarse a las puras regiones del ideal, los que tienen personalidad propia para juzgar friamente no tienen derecho a dejarse arrastrar por las corrientes vulgares. ¿Lo has entendido Alberto?... Tú, en buena lógica, no puedes aceptar esta pregunta. «¿Por qué es usted francófilo?»... como tampoco podrías aceptar la que pudieran dirigirte los del bando de enfrente... No te pedimos que rectifiques, pero nos atreveremos a recomendarte al *gran* Bonafoux, al escritor verdaderamente independiente que, a pesar de no llamarse anarquista, puede dar lecciones a muchos, al hombre íntegro que no ha vendido su conciencia y que ha conservado su serenidad crítica y su espíritu mordaz por encima de esas luchas mezquinas entre los supuestos intelectuales francófilos o germanófilos.

Simpático Bonafux: ¿no podría usted dar otro palito, pero el estilo del propinado a Zozaya, al director de la Revista hispano-americana *Ideas y Figuras?*

COSTA-ISCAR

DEGENERACION COLECTIVA

Un político monárquico como el señor Baldomero Argente, subsecretario de Gracia y Justicia, y un catedrático como el señor Unamuno, ambos, desde las columnas de *La Publicidad* —14 y 19 de Abril—, nos lo dicen bien categóricamente: las actuales clases directoras son inepta*s*, y la juventud destinada a sustituirlas mañana va a ser más cerril que sus papás.

Nihil novum sub sole. Así continuará siendo mientras las clases directoras se formen con elementos de «clases poseedoras». Organizada la sociedad para que sus componentes vayan individualmente a la conquista del vellocino de oro, nada de extraño tiene que la dirección de esta cacería la acaparen y monopolicen elementos predispuestos a defenderla, es decir, los individuos del *vulgum pecus* que por el solo hecho de admitir como natural y justa la inmoralidad de esta caza, son unos retardados mentales que forzosamente han de traer la degeneración señalada por los citados señores. De igual modo que no poseen los más buenos y justos, tampoco dirigen los más inteligentes y probos. Al fausto que ofrece el privilegio de la propiedad privada ha de corresponder la bambolla de una dirección social que lleva los pueblos a la miseria y a la guerra. Estos dos resultados, hambre de las masas y guerras, evidencian sobradamente el fracaso del sistema económico y del sistema político imperantes. La verdadera dirección de los pueblos ha actuado siempre al margen y en pugna con estos sistemas que la ahogan, la paralizan y hasta logran muchas veces anularla por largo tiempo. ¿Modo de reaccionar? Ni el catedrático ni el político aciertan a decirnoslo. Vanamente andan dando vueltas buscando una dirección social inteligente en un medio económico capaz de apagar los mismísimos rayos del sol. Podridos los corazones, serrín los cerebros. Y viceversa. Arriba, en medio, abajo. Aquí, allá o acullá.

Nihil novum sub sole, repetimos, los que hace tiempo nos hemos dado cuenta del porqué de este ocaso de la civilización burguesa señalado y confesado tan tardíamente por escritores de tanto renombre como los antedichos. Si, nada nuevo que no sepamos ya, pero que nos apresuramos a repetir por boca ajena para averar nuestras críticas y arrojarlas al testuz de tanto bovino testarudo como por ahí anda diciendo que la anarquía sería un caos y el socialismo una ramplonería. Lo peor de esta testaruder es que, partiendo esta degeneración de arriba, se hace extensiva a todo el cuerpo social y a poco no van a quedar energías mentales, ni morales ni físicas para reaccionar a tiempo. Y a fe que un revulsivo se hace cada día más necesario, pues entre brutos, egoístas y zoquetes, esta cochina humanidad, de, por y para la burguesía, va siendo cada vez más rebaño ovejuno, más piara cerdosa, más manada de lobos de afilados colmillos. El mal, como siempre, viene de arriba...

***

España es un país que desde hace muchos años viene padeciendo casi exclusivamente por la osadía petulancia y la incultura cerril de sus clases directoras. Por éstas no hay que entender los políticos únicamente ni siquiera principalmente. Van incluídos en tal denominación cuantos ejercen influjo [illegible] ción de la cosa pública, desde los oligarcas financieros y territoriales, verdaderos amos de España, hasta la inepta burocracia administrativa que en medio de la estupidez general, quiere alzarse ahora como un nuevo poder, que aspira a regenerar a la nación mediante un aumento de categorías y sueldos.

Tampoco eximo de las clases directoras ni de la responsabilidad que les es imputable a los escritores y oradores. El fracaso de los propagandistas de ideas es notorio. Culpa de ellos es, sobre todo, la carencia de opinión pública, la posibilidad de los manejos inconfesables disfrazados de patriotismo, que tanto lozanean desde hace tres años, y el prolongado eclipse de toda solución acertada para los problemas de índole social y económica que ha planteado la realidad de estos cuarenta años a la decisión española. No es que sean inferiores a los demás elementos sociales de España, sino que no les son superiores, debiendo serlo, por la misión que se han arrogado y el oficio en que martillean a diario. En lugar de ser aquilatadores de ideas y disolventes del lugar común, que suele infestar el ambiente intelectivo de todo pueblo, son los siervos y difusores diligentes del tópico y la frase hecha, de la idea manida que, por proceder del vulgo, suele ser descabellada.

Esta incapacidad de nuestras clases directoras nunca se ha puesto tan de relieve como durante la guerra.

. . . . . .

BALDOMERO ARGENTE

***

Pocas cosas más tristes que la vejez de la mayor parte de nuestra juventud estudiantil. Y no decimos estudiosa porque no es lo mismo. Parece que han nacido cansados esos supuestos jóvenes, que sobre ellos pesa la pesadumbre de siglos de modorra.

. . . . . .

El trogloditismo de la juventud estudiantil trogloditica es del mismo género que el trogloditismo de cualquier analfabeto.

Es muy natural y humano que esa juventud, compuesta de reclutas disponibles en su mayoría extreme la neutralidad a toda costa y trance y pase lo que pasare. Ni se puede ni se debe pedir que muestren un espíritu heróico y que a cada agresión y afrenta que España sufre de parte de Alemania, a cada nuevo asesinato de españoles por parte de los submarinos alemanes chillen como chillaban durante la guerra con Cuba y los Estados Unidos, saliendo a la calle, con sus banderas, a pedir el exterminio de los tocineros yanquis. Entonces, además, no había servicio militar general obligatorio y aquellos estudiantes que vociferaban por las calles vivían bien seguros de que no se les mandaría a Cuba o a Filipinas a vengar no sabemos qué.

Sí, es muy natural y muy humano este neutralismo a todo trance y a costa de nuestra juventud a la vez que académica militar, pero no es sólo el horror—horro- muy justificado—a la guerra lo que les paralliza; es también de horror a la revolución que [illegible]

Lo más de nuestra juventud académica es vergonzosamente conservadora, y lo es no por convicción, sino por miedo a tener que luchar para abrirse paso y hacerse un puesto en una sociedad convulsionada por hondas renovaciones revolucionarias. Una revolución altera las oposiciones a cargos públicos y trastorna los agarraderos del favor y del padrinazgo.

Si se mira al fondo de ese bochornoso maurismo de tantos señoritos, se ve que aparte de ese esteticismo de gentes bien —¡qué lúgubremente cómico es este nuevo giro de importación ultramarina!—hay el miedo de que una sacudida a las entrañas de la sociedad española, tal como la traería nuestra participación en la guerra, alterase los valores hoy corrientes y esos mocetes ni siquiera pudiesen hacer valer sus «sanas doctrinas» para obtener una mano que empuñara una buena dote.

Cuando las huelgas del último pasado agosto hubo cándidas gentes del pueblo que esperaron que los soldados llegarían a no disparar sobre los huelguistas o irían a unirse a ellos. Decíase que estaba muy trabajado el ánimo de la soldadesca en los cuarteles y que en éstos se había hecho propaganda; que los armados hijos del pueblo no se volverían contra sus inermes hermanos que pedían justicia. Pero no contaban con el señorito, con el joven maurista o tradicionalista o troglodita, con el niño de cuota; y sabemos que una buena parte—¡no todos, claro está, y a Dios gracias!—de estos señoritos para quienes el ir a clase de uniforme de soldado raso era una ostentación, y no de patriotismo, una espectacularidad de «snob», fueron de los más ensañados contra el pueblo. ¡Y esto para que se diga que las filas de la milicia son una escuela de democracia!

La juventud de nuestra lamentable clase media y más de la llamada alta, la juventud compuesta de los que serán mañana abogados, médicos, profesores, ingenieros, funcionarios públicos, políticos activos, respira hoy, en general, un aliento del aire espiritual más enrarecido y arrecido. Su preocupación es el destinillo. Los mismos que se alistan en una u otra de esas llamadas «juventudes» en cuanto llegan los días graves y decisivos de tomar oficio y estado acoquinanse y se hacen vilmente conservadores. Y decimos vilmente porque es sin convicción.

He aquí porqué esa juventud que antaño se alborotaba por cualquier fruslería y se echaba a la calle a dar ociosos gritos de la más grotesca patriotería se está ahora achantadita. Y si rebulle será cuando restablezcan las reválidas o en otro caso así.

Vamos ya para viejos y al observar la falta de espíritu de esta juventud en que querríamos apoyarnos pensamos con amarga tristeza en lo que habrá de ser la España espiritual después que nuestros ojos y nuestra boca estén cerrados por la tierra de la España material.

MIGUEL DE UNAMUNO

Decadencias

Todo decae, todo se bambolea, a veces, todas las ideas sufren influencias malsanas del medio en que les fué dado desarrollarse.

A nadie convencen ya las aseveraciones dogmáticas de las gentes del pasado; casi todo el mundo está en el secreto, tiene la convicción de que las ideas que predominan en el presente no son, en modo alguno, definitivas, no son tampoco perfectas, en lo que cabe la perfección, ni humanas, ni siquiera lógicas; a muy pocas gentes podrá asegurárseles—sin que se burlen y hagan mofa de quien quiera que lo afirme en su presencia—que no es necesario cambiar, transformar la actual organización social. Pudiera asegurarse, observando superficialmente estas cuestiones, la pronta realización de hondas, de grandes convulsiones transformadoras, renovadoras del medio social, del ambiente, de la vida, de todo, en fin, lo que ahora nos ahoga, nos confunde, nos crispa los nervios en violentas tensiones; hace nacer en nuestros cerebros otras ideas, otras modalidades, otras múltiples formas de observación, de análisis, de estudio.

La ciencia ha probado que se va hacia una perfección cada día más superada; la sociología estudia los diferentes aspectos en que se basan las actuales organizaciones rudimentarias todavía, y prepara, afirma, aporta cada vez más materiales para la construcción del porvenir; la filosofía procura elevar la moral de los hombres, con el estudio de sus defectos y de sus buenas cualidades, persiguiendo finalidades altamente morales y humanas; todas las multiformes ramificaciones de estos estudios se han extendido por el mundo aportando una considerable cultura, una base firme de conocimientos generales.

Las ideas anarquistas, sin duda alguna, las que más se preocupan del estudio, de los conocimientos adquiridos o por adquirir, de la cultura, de la instrucción, asentó sus principios con la ayuda de la ciencia, de la sociología y de la filosofía. La anarquía, ese porvenir que la anarquía significa y representa, científica, sociológica y filosóficamente considerado, es realizable; más aún: es la perfección que la ciencia preconiza; es la armonía de intereses, toda vez que serán comunes, a que tiende la sociología; es la elevación moral, intelectual y humana, a que van encaminados por distintas sendas, todos los estudios filosóficos. El curso de la Historia, las múltiples transformaciones de la literatura y del arte en general, van también abriendo el camino del futuro anárquico.

En la China, antes de la era cristiana, en la Grecia de los artistas y de los filósofos, en los primeros tiempos del cristianismo, en la época del renacimiento, en los períodos de tiempo que precedieron a las dos grandes revoluciones de Inglaterra y de Francia, se escribieron profundos pensamientos ácratas; no ácratas en el sentido político [illegible] del COD de la locura general, de la decadencia de todo lo que fué ayer, de todo lo que es hoy.

Ya que no nos fué dado evitar la tragedia sangrienta, por humanidad, por justicia, por amor a todos los hombres, elevemos por encima de la mediocridad colectiva, teorías y principios que tengan la virtualidad suprema, poderosa de no consentir otro conflicto de esta naturaleza, en el futuro.

La Ciencia, la Sociología, la Filosofía, tratan de perfeccionar en lo posible a los hombres, de llevarlos hacia una forma de vida, libre, anárquica.

Con esas armas hay que luchar cuando este período de decadencia haya pasado...

DIONYSIOS

Organizado por el Ateneo Racionalista de Sans, se celebrará un grandioso MITIN ANARQUISTA el próximo jueves, día 9, a las diez de la mañana, en el Cine Gayarre, de dicha barriada

AMILCAR CIPRIANI

Ha muerto en París a los 73 años de edad, Amilcar Cipriani, el famoso revolucionario italiano. Perseguido siempre, habiendo sufrido infinidad de encarcelamientos, fué también por dos veces condenado a muerte. Una cuando luchaba al lado de Garibaldi, después de la derrota de Aspromonte; otra, cuando el movimiento revolucionario de la «Commune» en el cual tomó parte activa.

Hacer un estudio de la personalidad de Cipriani, es tarea difícil, por no decir imposible. Espíritu inquieto, como lo demuestra su vida entera, siempre estaba disconforme de la labor que hacían los que se llamaban sus compañeros. Más acertado que decir, pertenecía a éste o al otro partido, sería afirmar que no pertenecía a ninguno.

Cipriani era un revolucionario de todas las revoluciones. He ahí su rasgo más saliente, su carácter, su personalidad entera.

Republicano en tiempos de Garibaldi, porque entonces los republicanos eran también revolucionarios; socialista más tarde, buscaba el ambiente que le era propicio, de protesta, de rebeldía; también los socialistas le han proporcionado grandes desengaños; advertía que al llegar a los parlamentos se dejaban en la calle los arrestos, los principios de revolución y de descontento

No ha llegado a ocupar un escaño en el Congreso italiano aunque fué varias veces elegido diputado.

Pero puesto a escoger entre el escaño y la barricada no hubiera dudado en la elección. Donde quiera que había una injusticia que combatir con la palabra o con las armas allí se encontraba Cipriani.

Ya lo hemos dicho antes: Era un revolucionario de todas las revoluciones. Es este el mayor elogio que puede hacerse de él. La Humanidad ha perdido a uno de sus grandes hombres, a uno de los que más ardientemente laboraron por su mejoramiento.

«El Diluvio» al dar la noticia de su muerte, ha pretendido zaherir a los anarquistas, queriendo de este modo elogiarle, como si el mérito de Amilcar consistiera en el demérito de los demás, sean quienes fueren. El citado periódico ha hecho un flaco favor al gran revolucionario. No es así como se eleva a los hombres. Que aprendan todos los republicanos y socialistas en él, sería de desear. Pues que su conducta por lo que a España se refiere, no ha tenido imitadores.

Recordamos con este motivo lo que ocurrió cuando la guerra de Cuba. Los republicanos españoles se sintieron patriotas y defendieron la Monarquía frente a la naciente República cubana. Su lema era: Antes la patria que la República. Amilcar Cipriani durante toda su vida ha obrado de bien distinta manera: Para él, antes que la patria estaba, la República primero, el socialismo después, la revolución siempre.

Véase como no son los anarqnistas quienes más han de aprender en Cipriani...

Desinteresado, noble, altivo, perseguido siempre y siempre luchando, al morir deja un grato recuerdo. Su vida fué fecunda en bellas enseñanzas.

A continuación ofrecemos a nuestros lectores un fragmento de Amilcar. En él se observa su temperamento revolucionario, cómo pensaba, lo que sentía, la grande y humana idea que le alentaba.

«Si el pueblo no quiere varar en el lodo es ya tiempo de que ponga manos a la obra, es ya tiempo de que deje de perorar, es tiempo de agruparse, de organizarse, de armarse, de combatir.

Hay que estar apercibidos para el día de las luchas sociales que se avecinan.

Procuremos que no nos sorprendan desarmados, divididos, desorganizados.

¡Basta ya de estrechas iglesias para uso propio, que han sido y serán siempre la perdición del proletariado!

La revolución es la abolición de las mezquinas agrupaciones, porque la agrupación de los que trabajan y sufren es la lucha por la conquista del bienestar, de la libertad de todos y no de algunos individuos; es la última palabra de una idea madura para su triunfo definitivo.

Cuando se combate por una idea hay que poner de lado las personas.

Combatir por un hombre es combatir por un amo, y el tiempo de los amos, sea el que fuere su color, ha pasado.

La sangre del pueblo debe servir al pueblo. ¡Malhaya quien intente distraer una sola gota en su provecho!»

Lao-Tsé, filósofo chino

Siempre fué el remoto e inmenso Celeste Imperio, punto de mira de todos los hombres cuya vida está dedicada a la investigación de los seres, las cosas y los espiendores arcaicos, y de sus minuciosidades, en todas las fases de la política, la filosofía, el arte, las ciencias.

En todo tiempo, sabios, letrados, arqueólogos, procuraron hundir sus miradas voraces y astutas hasta el corazón de aquella tierra lejana y misteriosa, de la que contáronse siempre estupendas historias respecto de sus habitantes, sus instituciones, su moral, sus ideas sobre el cosmos, y demás particularidades étnicas inherentes a cualquier pueblo, no logrando, sin embargo, tantos y tantos ilustres curiosos, llevar sus ansias de descubrir más que a un cierto grado que, pese a su misma importancia, nunca satisfizo gran cosa a los interesados... País la China, de un característico hermoso superior al del Egipto de los Faraones, ofreció generalmente tan poco blanco a la avidez de los hombres, debido sobre todo a su situación geológica en un extremo oriente que le hace casi inaccesible, pues parece estuviera aun mucho más lejos de lo que realmente está la tan discutida patria de Confucio; —esto aparte de que la complicada religión que aman los chinos, el Budhismo, su carácter supersticioso, rayano en lo inverosímil; el inmenso amor hacia sus antepasados que háceles tan reacios a prestarse a innovaciones occidentales, permaneciendo gustosos en un estacionamiento agresivo; su mismo idioma, en fin, cuyos signos con que pueden formarse combinaciones lingüísticas infinitas resulta poco menos que imposible de aprender, si no no se le dedican largos años de estudio profundo; todos estos aspectos, propios de aquel inquietante mundo que hace siglos y siglos duerme en el fondo del Asia inmutable, son otros tantos obstáculos que contuvieron y contienen todavía la enorme avalancha de los hombres blancos, en cuyos ojos brillan con ígneo fulgor mil deseos de conquista.

A pesar de esto, empero, lo poco que se conoce de China alcanza siquiera para construirse una idea, sino exacta muy aceptable, acerca del carácter de su pueblo, su ortodoxia y sus filósofos, que tan importante sitio ocupan en su historia religiosa.

En efecto; se cree que los griegos, y más tarde los romanos, tuvieron noticias del Imperio Celeste, pero en realidad, los detalles más fidedignos fueron proporcionados a la curiosidad y a la ciencia por el gran viajero Marco Polo, que llegóse en el siglo XIII hasta aquel ilimitado país de leyenda, partiendo de este acontecimiento la seria investigación practicada por historiadores y arqueólogos, y por la cual se sabe hoy alguna cosa respecto de la tierra fantástica que ocúpanos en este breve ensayo.

Se supone, así, que existió una literatura china, constituída por libros religiosos (Kings); que en el siglo VIII hubo allá un poeta de erudición vasta (Tu-Fu); conociéndose también obras de un sabio historiador famoso (Se-Ma-Tsian).—Atribúyese además a los chinos la invención de una imprenta primitiva, de la brújula, el papel, etcétera, y el conocimiento de cierta medicina empírica, algo de geometría y aritmética decimal.

Claro que todo son suposiciones, pero no puede negarse que algo es mucho cuando se trata de un país tan poco abierto al análisis psicofilosófico con que quísose sacarle a la luz.

—

Basado en lo que precede, pues, y aceptando como lógicas ciertas conclusiones a que se ha llegado, por ejemplo, acerca de la filosofía china, apuntaremos aquí algunas ideas sobre un gran filósofo, Lao-Tsé, de quien no hace mucho tiempo tradujo al castellano un libro el escritor Edmundo Montagne, con sapiente claridad y ameno estilo, intitulado «El libro del Sendero y de la Línea Recta», lleno todo él de una potencia deductiva asombrosa, puesta al servicio de profundas y capitales ideologías.

Según el traductor aludido, Lao-Tsé vivió, sobre poco más o menos, en el siglo V, antes de nuestra era, esto es, cuando ya habíase extinguido el esplendor egipcio y estaba en su apogeo la civilización helénica, comenzando Roma a mostrarse como unidad intelectual y política muy interesante, después que en Persia ya había Zoroastro o Zarathustra, reformado con sabio tacto la religión de sus compatriotas, creando el libro sagrado que éstos acataron luego, el Zend-Avesta. Puede entonces suponerse que, en efecto, si la civilización china no se remonta hasta el siglo XXII, antes de Jesucristo, como suele suponerse, por lo menos destacábase bastante junto a Grecia, Persia y Roma.

Como filósofo, Lao-Tsé es original y científico al par de un Sócrates o un Aristóteles, deduciéncose de sus escritos un seguro conocimiento de la vida y una experiencia verdadera de los hombres y las instituciones, que el autor del «Libro del Sendero y de la Línea Recta», demuestra a cada paso con argumentos aparentemente silogísticos, pero en realidad claros y puros como la luz de los astros, de perturbadora fulgencia. Usa, por otra parte, de ciertos giros para expresarse, que despistan a veces; mas si se les relee y analiza, aparece en ellos la verdad más sana, de un marcado carácter moralista, que pueda uno imaginarse dentro de un hombre y de una época tan remotísima, y en país misterioso y temible cual el Celeste Imperio.

Véase, por ejemplo, esta apreciación suya respecto de la Naturaleza, propia de un justo criterio científico:

«La vitalidad de la Naturaleza —dice— es inmortal; es la inconcebible Madre, es la raíz de lo Universal; Eternamente en vida, no tiene necesidad de impulso».

¿No denota esto, en Lao-Tsé, un espíritu observador que podrían aceptar muchos sabios modernos?

Claro que hoy, para nosotros, el convencimiento de que la Naturaleza es inmortal está ya bien arraigado; pero, así y todo, ¿podríamos decir lo mismo en el siglo V, antes de la era llamada cristiana?

En otro lugar, el filósofo chino pregunta y responde de una vez sobre un tópico que aun en estos tiempos está de actualidad:

«Los favores son humillantes como vergüenzas —escribe—. Los honores son deprimentes como el cuerpo.—¿Qué significa «Los favores son humillantes como vergüenzas?» Favor implica subordinación. Solicitarlo humillación. Perderlo, Vergüenza. Así, pues. Los favores son humillantes como vergüenzas. —¿Qué significa «Los honores son deprimentes como el cuerpo?» El cuerpo es el substrato de todas las depresiones. Con ausencia del cuerpo, ¿sobre que pesarían las depresiones?— Conforme con esto. Aquel que se tiene a digna distancia, tanto del cuerpo como de la sociedad, la guiará justamente; aquel que se incline hacia la sociedad tan poco como hacia su cuerpo, la dirigirá legalmente.

He aquí que estas preguntas tan severas reciben la respuesta del mismo que las expone; lo que prueba que nunca los hombres se atrevieron a contestarse públicamente culpables de semejantes bajezas, sin duda reconociendo que ellas son inherentes a la inmensa mayoría, y por ende poco agradables para darse a luz.

Nietzche, o Schopenhauer, o Emerson, demostrando contra tales miserias morales, no arriban a conclusiones tan profundas como las enunciadas por el filósofo que nos ocupa, sencillamente porque éste dice sobre el particular casi cuanto puede decirse, mucho y de robusta substancia dentro de su tiempo y el medio que le rodeaba.

Más adelante, presenta Leo-Tsé ideas acerca del carácter y del desprecio de la opinión ajena siempre interesada:

«Despreciad —dice— la «Opinión científica», despreciad la Racionalización—y el bienestar general será cien veces más grande. Despreciad a Opinión moral, despreciad la Legalización —y la Solidaridad general renacerá. Despreciad la «Opinión práctica», despreciad el Arribismo —y la Criminalidad desaparecerá. Bastar a esas tres máximas— no lo sabía la Apariencia; era preciso el Carácter; parecer ser natural pero ser individual; parecer desinteresado pero ser inegoísta».

¿Escribió La Rochefoucauld máximas más atrevidas que las antes citadas?

Ved, ahora, una exposición puramente anárquica sobre el individuo y la sociedad, abstruso tópico de filosofía, que ocupó tanto sitio en las obras de Stirner, de Spencer, Emerson, y sobre el cual, en pleno siglo XX se discute con apasionado fervor, pues el tema es de interés capitalísimo para todo el género humano. —Habla el autor del «Libro del Sendero y de la Línea Recta»:

«Querer dirigir la sociedad es impracticable a posteriori; LA SOCIEDAD ES UN SISTEMA ENERGETICO, Y COMO TAL A PRIORI, INDIRIGIBLE POR EL INDIVIDUO:— Organizarla es desorganizarla, (notad bien el sentido exacto de las palabras) consolidarla es desarreglarla; pues lo individual varía; aquí progresión, allá retrogradación; aquí calor, allá frío; aquí fuerza, allá debilidad; aquí movimiento, allá reposo. —Conforme con esto. El Perfecto se aparta de la Voluptuosidad del Poder, se aparta del Sabor del Poder, se aparta del Esplendor del Poder».

Esto, tan bello y tan grande, no es el individualismo dionísico del filósofo de «El origen de la tragedia», pero sí es una visión diáfana y neta en sus contornos reveladores de una mano maestra, de la independencia absoluta que debe constituir la vida del hombre, ínfima unidad del rebaño inmenso desde la edad de piedra y a través de todos los períodos de la Civilización.

Por último ¿qué es el Sendero y la Línea Recta? Lo explica el propio Lao-Tsé del modo siguiente:

«El Sendero, Principio Creador.—La Línea Recta, Principio Conservador. —La Diferenciación, Principio Formador. —La Energía, Principio Agente. Conforme con esto. El Mundo venera el Sendero, honra la Línea Recta. La honra de la Línea Recta no son deber —conscience, sino instinto inconsciente.— El Sendero crea todo, nutre todo, desarrolla todo, preserva todo, alimenta todo, madura todo, hace evolucionar todo, crea sin permanecer posesor, obra sin permanecer dueño. Es su Línea Recta misteriosa».

Y he aquí como un filósofo pudo decir en un siglo lejano y en país también lejano, cosas respecto de la vida, los hombres, las cosas, la muerte y las pasiones, que todavía hoy pueden servir de modelo en cierta escala, pues es acreedora a toda consideración y estudio aquella filosofía que, cual la de Lao-Tsé, se basa en la lógica inquebrantable de Natura, eterno jeroglífico a quien los seres preocupados hemos buscado, buscamos y buscaremos por mucho tiempo la solución, que velozmente nos huye a través del tiempo, burlándonos como burla al niño la mariposa.

LUIS A. REZZANO

Desde París

Alcoholismo.—El alcoholismo ha sido suprimido en Francia después del principio de la guerra, más bien como medio de economía que como previsión a los daños que ocasiona a los consumidores. Por todas partes, y particularmente en las fábricas, se leen carteles aconsejando el divorcio con las bebidas alcohólicas y haciendo resaltar en ellos que es peor que los alemanes.

Contra el alcoholismo no faltan actos de propaganda, ni queda un medio que utilizar para combatirlo. Esto es hoy, cuando se ha visto que el alcohol es uno de los principales factores para el sostenimiento de la guerra. Si no fuera por esto, ¿porqué no se atacó y reprimió igualmente antes de la guerra? ¿Es que no se ha visto hasta ahora los daños que ocasiona a la población? Después de 1867, los alienados de París y del departamento del Sena están bajo la dirección de la oficina de admisión del Asilo Clínico de Sainte-Anne. El médico de servicio pasa el diagnóstico, redacta el certificado ordenado por la ley de 1838 y reparte las enfermedades en los diferentes asilos del departamento.

He aquí varias cifras estadísticas: en 1887 el número total de enfermos que entran en Saint-Anne, es de 3,443: 1964 hombres y 1479 mujeres. 38 por 100 de los hombres y 11 por 100 de las mujeres, fueron por alcoholismo. En 1907, veinte años después, se registran 3,794 enfermos: 2,108 hombres y 1,686 mujeres; 47 por 100 de los primeros y 17 por 100 de las segundas, pertenecían a la misma categoría de alcohólicos. En 1910, el asilo contiene 3,882 enfermos: 2,099 hombres y 1783 mujeres, de los cuales 47 por 100 de los hombres y 20 por 100 de las mujeres son enfermos por efecto del alcohol.

Estas cifras hablan por sí solas, y por si solas manifiestan que antes de la guerra ya hubo motivo para pensar en reprimir el alcoholismo.

Los rusos en París.—Después de la revolución rusa y de la paz con Alemania, los rusos residentes en Francia, y particularmente en París, vienen siendo objeto de persecuciones más o menos demostrativas, por parte, naturalmente, de los partidarios de «la guerra integral». Uno de los rusos residentes en París desde 1913, tuvo la osadía de buscarse una compañera, la cual, naturalmente, ha resultado embarazada, de cuyo estado hace poco ha resultado un niño. Mas como el papá de este niño, que había aprendido la profesión de chauffeur, se quedó sin trabajo poco después de ser examinado, ¡por ser de nacionalidad rusa! la pobre madre se dirige a la alcaldía de su distrito en demanda de socorros para poder alimentarse y dar alimento a su hijo. Y, ¿sabe el lector lo que se le contestó? «Cuando el hombre es ruso no está bien el gozar con él». En la asistencia pública la respuesta fué casi idéntica: «Que vuestro marido se rompa la cara y entonces usted encontrará abrigo». Por último, la pobre mujer fué admitida (con urgencia) con su hijo en el hospital Beaujon. El marido figura actualmente en un teatro, donde gana 1'50 francos cada tarde. Y aun se ignora que origen es el suyo. El hotelero amenaza, las sopas populares no funcionan. ¿Qué hacer? Y mientras tanto, el ruso quiere vivir, él no demanda más que trabajo. Se le niega el derecho a ello. ¡En Francia! ¡En París! El visita las oficinas de colocaciones; él se dirige a todas las agencias; en